

# Cervantes y América

Entre otras cosas curiosas escritas a propósito de Cervantes, hay índices de los nombres geográficos citados en sus obras: nombres de lugares reales, como Amberes y Laredo, e imaginarios, como el fabuloso país de Micomicón, pues para el autor del *Quijote* la verdad es enemiga de la mentira, pero hermana inseparable de la imaginación. América, con este nombre propiamente, sólo se menciona dos veces en los libros cervantinos: una en *El licenciado Vidriera*, otra cuando el canónigo enjuicia severamente las comedias de moda.

Esto no puede llamar la atención. América era por entonces las Indias, y ellas sí están profusamente mencionadas. América significaba, además, para los españoles de comienzos del siglo XVII, casi solamente México y Perú. Sólo una vez, por ejemplo, cuando hace el elogio del médico poeta Juan de Mestanza, Cervantes nombra a Guatemala, y ninguna —desde luego— al Río de la Plata.

Sin embargo, América contaba entre los proyectos muy concretos de Cervantes. Hacia 1590, cuando España sólo le ofrecía ocupaciones de mala muerte, solicitó un destino en cualquiera de los cargos vacantes que tenía la corona por esas latitudes. No era mucho para un ex combatiente en Lepanto y un hombre que había estado cinco años en las cárceles de Argel. Pero no lo entendió así el señor Núñez Morquecho, por entonces presidente del Consejo de Indias, a quien no convencieron los méritos del peticionante o su escasa habilidad para conducirse en el mundo de los documentos, claro antecedente de nuestra actual burocracia. Lo cierto es que el expediente quedó concluido con esta sentencia, que era al mismo tiempo un consejo al escritor: «Busque por acá en qué se le haga merced».

Américo Castro cree que este episodio vino a acrecentar todavía más el odio de Cervantes a Felipe II, a quien en última instancia debió atribuir el fracaso de su proyecto. Es también probable que la decepción le haya dictado aquel amargo comienzo de *El celoso extremeño*, en el cual se refiere a «pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quien llaman ciertos los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos.»

La requisitoria, ciertamente, resulta bastante violenta. Pero cualquiera que esté familiarizado con los textos de Cervantes sabe que no es éste el tono con que suele referirse a América. El hombre de mar que él en el fondo era, y que sólo había navegado en las aguas del Mediterráneo, tenía una manifiesta curiosidad por el «inmenso mar océano», y elogiaba a quienes se atrevían a pasar «el plus ultra de las columnas de Hércules». Tenía noticias concretas de la ciudad de México, a la cual llamaba Venecia americana y consideraba «espanto del mundo nuevo», sabía algo —aunque al parecer más impreciso— sobre el Perú, y conocía alguna cosa sobre Guatemala.

Que Cervantes pudo tener noticias de esto simplemente de oídas, es cosa muy probable. Los textos mismos, sin embargo, muestran que debió leer cuanto estaba a su alcance, como lo hace cualquier viajero que se apresta a visitar un país desconocido. En su curiosidad debe haber influido, además, el problema de la condenación o no de los gentiles: un asunto que para nosotros no tiene ningún interés, pero que en aquel entonces se discutió arduamente. Cuando españoles y portugueses empezaron a encontrar gentes «no cristianas», todo se volvió reflexión y cuestionamiento: ¿se salva esta gente? ¿se ocupa Dios de ella? La solución más simple y bastante generalizada —como bien se sabe— fue evangelizar al mismo tiempo con la cruz y la espada.

Pero el interés de Cervantes en las tierras transatlánticas no necesariamente significa que él haya adivinado la trascendencia que tuvo el descubrimiento. Después de todo, espíritus más avisados y cultos que el suyo cayeron en parecida ignorancia. El propio Colón, desde luego, antes que ninguno. En su tan escrupulosa y a veces fatigante edición del *Quijote*, Rodríguez Marín escribe la siguiente nota: «En esto se parecen Cervantes y Colón: ambos murieron sin darse cuenta clara y cabal del valor de sus invenciones». La observación puede aceptarse, si se deja de lado la infeliz elección del vocablo «invenciones» para referirse a los descubrimientos de Colón: eran por cierto firmes tierras donde podía pisarse mejor que en el cervantino reino de Laurcalco, el de la Puente de Plata; tierras cuyos contornos corrían ya por entonces dibujados, si bien gruesamente y con mano que nos parece hoy desprolija y torpe. Conviene soslayar también, ahora, la espinosa cuestión de si Cervantes entrevió o no el valor de su *Quijote*.

Pero es fama que Cristóbal Colón, verdadero caballero andante de los mares, al enfrentarse a las bocas del Orinoco creyó estar ante las puertas del Paraíso. Su espíritu, en realidad muy poco científico, deliraba en el afán de aventuras. De parecido modo, cuando proyectó embarcarse rumbo a las Indias debió sentir Cervantes el hechizo de lo desconocido. En su obra están los indicios de haber visto en América, por decirlo con palabras hoy de recibo, a «lo real maravilloso».

En el escrutinio practicado en la librería de don Quijote, por ejemplo, se elogia a *La Araucana* de Alonso de Ercilla, que junto a obras muy menores merece un alto reconocimiento, contándose entre «las más ricas prendas de poesía que tiene España». En este intento de epopeya en pleno siglo XVI Cervantes no apreciaba seguramente el prosaísmo, ni el afán de precisión histórica y geográfica, escrúpulos que afean a este libro único y precioso, cuya existencia debería América recordar con gratitud. Cervantes admiró seguramente al gran Caupolicán, el indígena vencido, «Héctor de una *Ilíada* sin Aquiles». ¡Quién sabe cuántas veces pasó por su imaginación, tan viva y sensible para la hazaña, la lucha en América, la única quizá que podía por entonces explicar una quijetada!

Porque si algo queda en claro es que, como buen español, y al menos en sus años juveniles, Cervantes tenía de sí mismo y de sus coterráneos una alta y vanidosa opinión. «Que llevando un español a mi lado —dice un personaje de *La señora Cornelia*— y tal como vos me parecís, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes.» Sobre el fin de sus días, el escritor ha moderado bastante los fuegos de la estimación en que tiene a sus connacionales, y aun los ve con alguna ironía. En el *Persiles*, por ejemplo, señala que en Milán «son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa

que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar a mostrar su condición, tenida por arrogante.»

De haber venido a América, en fin; cabía esperar de Cervantes el mismo derroche imaginativo que en los más típicos cronistas de Indias. Después de todo, lo «real maravilloso» —valga la expresión de Alejo Carpentier— era lo que con su poderosa mirada creadora observaba siempre: desde la enclenque alzada de Rocinante o desde la borda de los incansables navíos que recorren los mares nórdicos, en los dos libros iniciales del *Persiles*. Si lo real maravilloso es asunto principalísimo en las *Ejemplares* de «tendencia realista» —como se las ha llamado— lo es todo en las otras, las idealizantes a la italiana. Y no podía quedar fuera del teatro o de *La Galatea*, esas obras marañosas y con generosos desenlaces inverosímiles. Nadie mejor que Cervantes, entre todos los espíritus de su tiempo, para sentir a plena fuerza la sugestión de lo americano. Pero la suerte no quiso que viniese a las Indias.

Quizá debido a esta circunstancia, y fuera de dos actos de *El rufián dichoso* que se desarrollan en México, no quiso Cervantes situar la acción de sus historias imaginarias en América. Después de todo, ella apenas aparece en su obra. Tal vez haya sido mejor así. Años más tarde, Voltaire ubicaba en el nuevo mundo el país de Eldorado, donde hasta las piedras de las calles se figuraban como enormes pepitas de oro. También Rousseau soñaba con la felicidad sin fisuras de la vida primitiva. Pero en la historia real de intereses y ambiciones sin freno, el «bon sauvage» agonizaba en las minas, o embrutecía milenarias creencias —tan poéticas en su candorosa supervivencia callada— con el alcohol en los obrajes. Cervantes quedó a salvo de idealizaciones que hoy nos resultan formas, conscientes o inconscientes, del escarnio.

Fue sensible, naturalmente, a la gran ilusión de su época, y las Indias fueron también para él la riqueza. En este sentido, participó de la común fantasía o engaño con la misma fuerza y ceguera que cualquiera de los españoles de su tiempo. En sus obras desfila una serie interminable de personajes enriquecidos en tierras de ultramar, y entre los sobresalientes se cuenta un hermano del cautivo que «iba proveído por Oidor a las Indias, en la audiencia de México», el cual tiene a su vez un hermano menor en Perú, tan rico que no alcanzan casi las palabras para encarecer su fortuna. Por otra parte, de las muchas mentiras que dice el cura a lo largo del *Quijote* ninguna es más rápida y fácilmente urdida que aquella del pariente que enviara a Sevilla sesenta mil pesos ensayados, embuste para el cual apenas tiene que esforzar su inventiva.

El fondo mismo de los mares, entre España y América, debió soñarlo Cervantes como sepultura de fortunas cuantiosas de algunos desdichados. Así Torrente, si bien contando astutamente historias amañadas, dice que el mar «se sorbió como dos huevos / catorce mil tejuelos de oro puro». En la misma tormenta se han perdido perlas «tamaño como nueces», y esto sin mencionar las esmeraldas y las piedras bezoares. Las Indias son en conclusión, para Cervantes, «común refugio de los pobres generosos», como lo dice en *La española inglesa*. Y cita más de una vez, como un símbolo, el Potosí. No es posible olvidar que en 1545, persiguiendo una llama, el indio Huallpa hizo noche en aquel cerro, encendió fuego e iluminó una hebra brillante de plata pura. Veintiocho años más tarde, Potosí —que hoy es una aldea miserable— tenía tantos habitantes como Londres. Pero los quechuas bautizaron el monte con un nombre bien expresivo: le llamaron Huekajchi, «el cerro que ha llorado».

Fue un boliviano, precisamente, el autor de un pequeño ensayo titulado *América en la obra de Cervantes*.\* Se trata de un breve libro —un cuaderno casi— que publicó en 1966 el Instituto Boliviano de Cultura Hispánica y escribió el investigador José de Mesa. Él tiene la virtud de haber hallado el tema posible de un Cervantes americano, aunque su trabajo puede resultar, en algunos aspectos, decepcionante. Conviene reseñar, sin embargo, lo mucho de aprovechable y positivo que tiene este curioso libro.

El autor parte, desde luego, de los hechos bien conocidos: un primer proyecto de Cervantes para viajar a América y el segundo, al cual se ha hecho ya referencia y del que existe testimonio expreso, pues el presidente del Consejo de Indias se pronunció negativamente. Se analizan luego los motivos que llevaron a Cervantes a su frustrado petitorio, pero en cuanto a la imagen que el novelista tenía del Nuevo Mundo —y pese a que las referencias a América, en su obra, son casi copiosas— José de Mesa organiza su exploración en torno a sólo cuatro áreas. Ellas son las siguientes: la comedia *La entretenida*, uno de cuyos personajes es un indiano; la mencionada pieza *El rufián dichoso*, que tiene a las Indias por escenario; la *Galatea* y *Viaje del Parnaso*, porque hay varios poetas americanos en el largo elogio que allí emprende Cervantes. Por cierto que los datos proporcionados sobre los poetas americanos —de identificación a veces problemática— revelan la mucha erudición y paciencia de José de Mesa. Él aclara, además, que cuando en *La entretenida* enumera Cervantes las escalas de un navío rumbo a México, ellas coinciden puntualmente con las que efectivamente jalonaban la ruta de la flota regular, lo que corroboraría el interés del novelista por informarse sobre las condiciones de la travesía.

Pero José de Mesa no va mucho más allá. Nada dice, por ejemplo, de la incorporación de algunos vocablos del nuevo mundo, invasión a la que Cervantes no podía escapar, pues el español de su tiempo asumía flamantes palabras, correspondientes a realidades también desconocidas. El asunto, como se sabe, ha desconcertado a los puristas. Mayáns y Sísar, el primer biógrafo de Cervantes, condena como un pecado el uso de una palabra enteramente familiar unos años más tarde: «Y la voz “cacique”, venida de la isla Española, no debía ponerse en boca de Sancho Panza», dice señalando con precisión el cuestionado pasaje. Y tan mal conoce la geografía americana que la isla es, para él, según lo aclara en nota, la aludida en la *Historia de la Florida*, capítulo X, del Inca Garcilaso. En verdad, además, en esto de perseguir infracciones presuntas de Cervantes no era Mayáns demasiado tenaz, pues no sólo Sancho conoce la voz «cacique», sino que ella sale en femenino —«cacica»— con todo el efecto cómico que de allí resulta, en la jornada segunda de la comedia *La entretenida*: aquella que bordea el tema del incesto y que Américo Castro hallaba «brumosa e inquietante».

Pero, y volviendo a José de Mesa, dejando aparte estas omisiones, llaman la atención las limitaciones que él mismo ha impuesto a su trabajo, al ubicarse en solamente las cuatro áreas mencionadas. Cita el ya visto comienzo de *El celoso extremeño*, donde ganado por el desaliento y resentido, además, por la negativa, Cervantes ha volcado su malhumor a propósito del desvanecido Eldorado. Y del *Persiles*, menciona únicamente el siguiente pasaje, en el cual se habla de judíos, moriscos y mudéjares: «¿Qué se podrá

\* Cf. *Guillermo Díaz-Plaja*: Don Quijote en el país de Martín Fierro, *Hombres e Ideas*, Silverio Aguirre, Madrid, 1952.